

fermedades sociales, surgían donde quiera que el mal pasajero traído por la reforma se tocaba; y encendían los ánimos, tan fáciles de encender, con siniestras palabras de privilegio y monopolio. Las granjas, los graneros, los pósitos ardían quemados por furias vengativas. A fin de llevar el hambre hasta París, hundieron en los ríos las barcas que cargaban trigo, y que proveían á su alimentación. De Pontoise á Versalles se estableció una especie de cordón de sublevados. La guerra estaba por todas partes, y se la decía «guerra de las harinas.» Pero sus manipuladores no tenían hambre. Cantaban como si fueran de los coros de cualquier ópera; reían como si, en vez de marchar á una batalla, marcharan á una fiesta; llevaban los bolsillos repletos, cuando se quejaban de llevar los estómagos vacíos; iban por donde les pedía el gusto sin encontrar ningún obstáculo; llegaban hasta el seno de los reales jardines y hasta el pie de la escalera de Versalles sin que ninguno de los 8.000 hombres adscritos á la custodia del Monarca se conmoviese; y por todas partes se veía que si la crisis engendraba un malestar cierto, la intriga le sobreponía una incierta é indefinible revolución social. Parecía, sin embargo, que en aquel motín se iban diminutamente dibujando todas las horribles escenas de la futura tragedia, como si realmente fuese su brevísima semilla. El Rey apareció al balcón, y arengó al pueblo; pero las muchedumbres no le oyeron. El capitán de guardias propuso una fuga. Para amparar al ministro se convino en que el pan sería tasado á dos suses la libra. En tal cesión la autoridad cedió á la fuerza. El ministro acababa de ser entregado por el Rey á las furias populares, triunfando la gritería de la justicia. El Rey demostró en este momento aquel carácter, ó mejor dicho, aquella falta de carácter, que debía perderle y con él perder su corona. Aún no se había separado del balcón donde así había escupido á la propia majestad real, cuando, fuera de sí, asaeteado por los remordimientos, seguro de haber cometido una gran falta, escribe á su primer ministro; «Que vuelva inmediatamente al lado de su real persona, pues temo haber cometido una falta, y desea inmediatamente repararla.» Turgot consiguió del Rey que revocase su palabra, pero no pudo conseguir que permitiese hacer fuego á la tropa contra los amotinados. Así, al día siguiente, los panaderos de los alrededores se vieron asaltados por una muchedumbre furiosa, y las panaderías de los barrios, y aun del centro, horribilmente saqueadas. A las once de la mañana sólo tenían en la gran capital pan los amotinados. El verdadero pueblo, que se mantuviera tranquilo, no encontraba una hogaza. Necesitábase, pues, de una incontrastable energía, de esa energía que supera la crisis, y salva las dificultades. El austero ministro la tenía, pero no se la comunicaba al Rey, porque el Rey adoraba como una diosa á la casualidad, y mostraba como base única de su carácter la incertidumbre. Un extranjero habituado á la corte de Versalles, el alemán Weber, secretario de María Antonieta, explica la situación por este modo, con una frase expresiva y gráfica. «Los partidarios de los abusos se alarmaron; sublevóse el pueblo contra una ley que debió alimentarle; se produjo la escasez en medio

de la abundancia». Indudablemente hubo por la parte del pueblo ese malestar que acompaña á las profundas alteraciones; pero también hubo de la parte de los privilegiados ese deseo de concitar las iras populares contra las reformas progresivas. Así el saqueo de las tahonas jamás se hubiera consumado sin la complicidad de los polizontes. Un caballero muy bien puesto que agitaba las muchedumbres, fué detenido, y se le encontraron 500 lises de oro en el bolsillo. Una señora con traje de amazona y á caballo también predicaba la insurrección y atizaba las cóleras populares. Un doméstico del ligero príncipe de Artois, de ese desdichadísimo hermano del Rey, estaba entre los promovedores del motín. Se llevaron cartas á los acaparadores diciéndoles que no vendieran, pues más tarde venderían más caro. Se vió la mano del subdirector de la Seguridad general, Lenoir. Desde el 1.º al 8 de Mayo en 1775 se extendieron estas alteraciones, y donde quiera que hubo resistencia, hubo también pronta victoria del gobierno.

Así es que la tempestad, en parte naturalísima, pero en parte artificial, se desvaneció, sin dejar de sí ninguna huella, ni rastro ninguno. Sacrificóse, como siempre, á algunos infelices, y quedaron ilesos los criminales. La guerra social de Francia por la ley de los trigos se asemeja mucho á la guerra social de Roma por la ley de los campos. Los patricios promovieron la sublevación contra los Gracos, sin presentir que sembraban aquella guerra civil en cuyos incidentes perecieron sus privilegios y desapareció la República; los aristócratas promovieron aquellas alteraciones contra Turgot, sin presentir que sembraban una revolución, en cuyos incidentes perecieron sus privilegios y desapareció la Monarquía. Le habían mostrado al pueblo en su ceguera los príncipes mismos el camino de Versalles; le habían puesto ante los ojos el Rey vencido; le habían enseñado á sublevarse contra la autoridad y contra las leyes; le habían descubierto la manera de imponer su voluntad por la fuerza y de abrogar las disposiciones de los poderes públicos por medio de las violencias; terribles enseñanzas que contra ellos se volvieron hasta precipitarlos en los abismos. El reformador no podía contrastar tanta malquerencia, y se hundió al peso de su propia obra. La causa general fué la grande agitación que produce toda reforma, y la causa ocasional la ceguera incurable de la Reina, que precipitando por sus caprichos y voluntariedades la derrota del ministro, precipitó también la derrota de la Monarquía. Malesherbes, que pasara del ministerio de Justicia al ministerio de la Casa Real, y que diera su dimisión al ver las cóleras amontonadas sobre sus ideas, que al cabo estaban contenidas en las reformas del ministro de Hacienda, fué á ver al Monarca y á decirle que dejaba definitivamente su puesto. «Oh, si yo pudiera dejar el mío!» exclamó el Monarca. Y, en efecto; una política como su política, una situación como su situación, unos compromisos como sus compromisos, no tenían al cabo más que una salida solamente: la fuga. Pero había nacido pegado á su corona como nacen ciertos seres sujetos á enfermedades naturales. ¡Qué Rey! Desde el primer momento que vió á Turgot se prendó de su carácter y prometió seguirle á ciegas en su política.

Quería hacer el bien, pero, como Dios, sin mezcla alguna de mal. No conocía que errores tan colosales como los amontonados por la sucesión de los siglos en la superficie de una vieja sociedad y de un feudalismo empedernido no podían curarse sino con operaciones muy atrevidas y cauterios muy profundos. Dios le había puesto en la coyuntura desustituir las revoluciones con la reforma, y su naturaleza y educación le arrastraron tristemente á desmentir y burlar la misma Providencia que de manera tan visible le protegía en aquellos momentos decisivos y supremos. Cuando le hablaban del estado de su pueblo, de la tristísima sujeción á que le tenían atado los privilegios, del hambre y la miseria que habitaba en las cabañas, de la servidumbre impuesta por tantas gabelas y exacciones, de la esterilidad de una tierra creada por Dios mismo para ser fecunda y de la esterilidad de tantas almas, en cuyo seno debía despertarse como una nueva creación espiritual y divina la conciencia y la razón, su alma infantil seguía todas estas ideas y deseaba apropiárselas como el niño la pintada y juguetona mariposa que vuela sobre las flores. Pero después, al ver los resultados de las reformas, sin adivinar sus consecuencias bienhechoras, se deshacía en lágrimas por los privilegiados y detestaba la idea salvadora que los había herido. El trigo raro, el pan carísimo, las muchedumbres desasosegadas, el señor feudal aterrado, la pensionista de palacio llorando, la gran dama privada de una fiesta ó de una comodidad por haberle quitado el rendimiento de tal gabela; los hijos de los nobles obligados al trabajo; todos los espectáculos capaces de fortalecer y consolar un alma enérgica, sumíanlo en espantosa desesperación y arrancábale amargas lágrimas como al niño la corrección y las advertencias que han de darle saber y salud. Luego amaba mucho á su patria, pero más á su mujer; mucho á sus vasallos, pero más á sus hermanos y á sus hijos; cuando á las alturas del Estado se sube hay que aligerarse de afecciones como para subir á las inaccesibles alturas del aire en los globos hay que aligerarse de peso. El infeliz, movido por unos y por otros, prescindió de Turgot, y al prescindir de Turgot, prescindió de la última tabla de salvación que le enviaba la Providencia. El ministro era más sistemático en sus ideas de lo que acaso conviniese á un monárquico, y más resuelto en sus decisiones que lo que acaso conviniese á un administrador, y de una severidad, de una estrechez en el carácter, de un despego estoico que desdecían de su difícil situación y de las contemplaciones que necesitaba tener con tantos intereses como iba él á herir, no desde esas alturas vertiginosas de la revolución que exigen la fuerza, sino desde las alturas de un gobierno legal y pacífico que imponen inevitables transacciones. Pero, aparte de esto, pocas veces ha tomado en sus manos la dirección del Estado un hombre que más haya comprendido el espíritu de su tiempo y más haya trabajado para encerrarlo y contenerlo en la viviente realidad. Las ideas flotaban en su mente de filósofo como en relieve, prontas á desprenderse de tan altas esferas en las más inferiores y más subordinadas y más impuras que se llaman esferas de la realidad y de los hechos. Cuando subió pudo formular la libertad individual en toda

su extensión, los derechos naturales en toda su pureza, la emancipación á un tiempo de la propiedad y del trabajo, las libertades económicas complementarias de las libertades políticas, un nuevo mundo social henchido de un nuevo espíritu humanitario. Lo impidieron los grandes de la tierra, sin menguar en nada la grandeza del hombre extraordinario que lo intentaba. Calló la reforma y habló la revolución. Turgot, al despedirse de su Monarca, presintió tristemente el tiempo que debía venir y levantó el alma á Dios para rogarle que preservara de sus fatales consecuencias al Monarca y al pueblo. Dolorido por los desengaños, aquejado por la gota, se recluyó en un retiro y se consagró á la ciencia. Maravilla ver los estudios que llevaba de frente, su idea absorta lo mismo ante el lejano sol que resplandece en lo infinito como ante el pobre insecto que zumba en el cáiz de una flor, lo mismo por los efluvios del magnetismo y de la electricidad que sacudían los nervios de aquella generación que por los problemas teológicos que embargaban la conciencia, pues subía de la realidad al ideal y bajaba del ideal á la realidad, y cultivaba desde las matemáticas hasta las artes, desde la química hasta la filosofía, desde el cálculo hasta la estética, con esa universalidad de ideas y de conocimientos propios en verdad de su gigantesco siglo. Cuando murió encerró consigo la esperanza de una renovación pacífica. No había muerto un hombre, había muerto un sistema, llevándose consigo la última conciliación posible entre la libertad y la monarquía